



primera persona

Inès de la Fressange escribe para Vogue sobre su compleja relación con el genio de la fotografía, Helmut Newton

Nunca será modelo". Ésas fueron las primeras palabras que Helmut Newton pronunció sobre mí la primera vez que nos conocimos en casa de Nicole Wisniak, directora de la célebre *Egoïste*, revista ultrasofisticada donde las fotos en blanco y negro estaban tan bien empaquetadas que los fotógrafos la consideraban el paraíso. Nicole, de forma amistosa, había debido alabar mis méritos y

estaba un poco irritada con los comentarios de Helmut. De hecho, ¡cuánta razón tenía! Supuestamente, una modelo no debe moverse, hablar, reírse, dar su opinión, ser impaciente, friolera, intelectual, ni siquiera tener familia, una vida afectiva... Todo lo que yo sí tenía. Siempre he encontrado esa profesión (que no es tal, puesto que no se aprende gran cosa) cansina, nada creativa y, además, con esas largas horas posando.

Muchas veces cuanto más mediocre era el fotógrafo, más largas eran las sesiones y el ambiente menos jovial. Helmut debió de darse cuenta muy rápido de que no era lo suficientemente dócil para posar desnuda o con corsés y que mi sentido del humor y de la burla no eran muy propicios para el ambiente creador que necesitaba un fotógrafo. Quizá demasiada vida y no lo suficientemente "animal".

chanel, inés y helmut

INÉS DE LA FRESSANGE,
UNA DE LAS MODELOS MÁS
EMBLEMÁTICAS DE LA DÉCADA
DE LOS 80 Y QUE AHORA SE
DEDICA AL DISEÑO DE ROPA
Y ACCESORIOS, EN UNA
CAMPAÑA DE CHANEL,
FOTOGRAFIADA POR NEWTON.



“Muchas personas adoraban a Helmut y rápidamente me interesé por él, porque realmente era un personaje”

A pesar de todo, me encontré delante de su objetivo. Humildemente, no creo que fuera Helmut quien me eligió. Se trataba de una campaña de publicidad para Chanel y, desde mi punto de vista, fue Karl Lagerfeld, muy condescendentemente conmigo en esa época y muy cercano a Helmut, quien supo convencerme de que yo tenía que ser la imagen de Chanel.

Después, firmé un contrato de exclusividad con la casa, así que el resultado debió de ser convincente. Karl y Helmut compartían no sólo el mismo humor y las mismas referencias, sino que también se estimaban mutuamente. Yo, por el contrario, me quedé bastante sorprendida con el humor de Helmut, que podía ser bastante directo, al igual que sus palabras durante la sesión de fotos: “Pelvis hacia adelante”.

Se negaba a que recibiéramos llamadas telefónicas (¡aunque fuera nuestro agente!), pero, sin embargo, él podía tomarle el pelo al peluquero, hacer bromas o refunfuñar sobre algún gasto. Evidentemente, muchas personas a las que conocía adoraban a Helmut y rápidamente me interesé por este personaje, porque realmente era eso, un personaje.

También me irritaba el hecho de que tuviéramos que ir todos a Mónaco porque era allí donde él residía: me parecía un abuso de poder. Con este ánimo empecé a posar para la primera foto. Rápidamente, me sentí turbada al sentir mi cuerpo convertirse en una foto de Newton. Conocía la obra del

maestro ya que había visto muchas fotos en *Vogue* y en *Egoïste*. Por dentro, estaba rabiosa con ese señor bajito de gafas y fuerte acento alemán que sólo mostraba ternura en su voz cuando evocaba a Juni (June, su mujer), a la que consagraba una pasión y una admiración conmovedoras. Había elegido como fondo un edificio monegasco de los años 70,

y además hacía frío, grrrr... Una pausa y vemos la polaroid, y ahí veo un junco arqueado y gráfico (¡yo!), un edificio blanco de escayola destacando entre nubes violentas y contrastadas: una verdadera *foto Newton* hecha de prisa y totalmente sublime. Una sorpresa sublime. Comprendí que estaba en presencia de un genio. —INÉS DE LA FRESSANGE